



Beatriz M. Rodríguez¹

¹ Doctora en Psicología Clínica. Investigadora. Directora de la Licenciatura en Psicoogía (UdeMM)

El legado paterno

Resumen

Partiendo del análisis de un cuento popular y de atávicas prácticas patriarcales, el presente trabajo explora, más allá de la *mitología familiar*, las circunstancias que dieron lugar al traslado de la familia Freud, de Freiberg a Viena, en 1859. Cuestiona además los motivos de la –oficialmente alegada– atribución de genialidad a Sigismund, desde su temprana infancia.

1. Introducción

Es sabido que Freud no tenía en gran estima a los biógrafos –lo hizo evidente en su trabajo sobre Leonardo¹–; sin embargo, con una clara intuición y a la vez el ferviente anhelo de que

esto ocurriera, previó la eventualidad de que se escribiera su biografía, para lo cual dejó en sus escritos abundantes indicios², aunque eliminó otros –convenientemente– cuando los consideró comprometedores para terceros. Consecuentemente, la *historia oficial* no dio ni un paso más allá del punto en que el maestro interrumpió los suyos. El presente estudio no aporta –en realidad– datos *nuevos* a la ya conocida biografía del maestro; sin embargo lleva a cabo una lectura sin anacronismos de algunos hechos acaecidos durante su niñez, sugiriendo una razonable y verosímil interpretación de los mismos. Su novedad radica enton-

² Algunos de sus ensayos son manifiestamente autobiográficos y otros forman parte de su autoanálisis; en tanto que varias de sus obras –si bien son indirectamente autobiográficas– revelan gran cantidad de material personal y contribuyen significativamente a la reconstrucción de su primera infancia.

ces en llevar a cabo una revisión contextualizada de aquellos sucesos que marcaron –según señalara el mismo Freud– su temprana infancia, destacando en la comprensión de tales sucesos las conductas y costumbres que –por habituales– fueron invisibilizadas, tanto por sus protagonistas como por quienes más tarde aportaron a la construcción de una versión políticamente correcta de los mismos.

2. A partir de *El gato con botas*

La acepción acostumbrada del término *mito*, alude a “invención fantástica”, fábula o ficción.

En las sociedades arcaicas y tradicionales, sin embargo, un mito no era sino una historia verdadera: un paradigma de comportamiento humano cuyo conocimiento posibilitaba operar sobre la realidad sin temor; dando

¹ Freud, Sigmund [1910], *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*.

a conocer lo acaecido en “el principio de los tiempos” y revelando por qué la realidad es tal.

Los mitos tuvieron por función relatar el origen del cosmos y todo aquello que lo habita, tanto como los hechos a partir de los que el hombre alcanzó su condición actual³. Luego, las grandes mitologías que llegaron hasta nuestros días, resultaron de transformaciones operadas a lo largo de los años sobre antiguas tradiciones, enriquecidas por influencias multiculturales o desarrolladas gracias al ingenio de individuos especialmente dotados.

Así como, en su momento, los mitos representaron el modelo ejemplar de todas las actividades humanas significativas, los relatos fantásticos de tradición oral, ilustraron los diversos modos de adaptarse o superar realidades extremadamente complejas.

Repetidas y reelaboradas durante siglos estas narraciones, que evidencian una clara función social, han llegado a transmitir tanto sentidos evidentes como ocultos⁴, pues hasta nuestros días aluden a problemas humanos universales.

Derivados de los cuentos de tradición oral, los cuentos de hadas alcanzaron su forma definitiva al integrar la literatura escrita. Estas narraciones suelen plantear problemas existenciales de un modo simplificado: los personajes son típicos y definidos, en ellos, tanto como en sus acciones, se polarizan el bien y el mal. El cuento de hadas describe el mundo de un modo particular, cada personaje expresa, esencialmente, una sola dimensión: o bien es despiadado y cruel, o bien es

una extrema bondad, lo que permite al niño comprender fácilmente sus acciones y reacciones.

En la mayoría de tales narraciones, el usurpador logra –al principio– despojar al héroe de aquello que legítimamente le corresponde; no obstante pese a lo graves que puedan ser algunas de las circunstancias de la historia, el cuento de hadas tradicional mantiene la promesa de un final feliz, pues los acontecimientos del relato ilustran tanto los conflictos como el modo en que los mismos pueden llegar a resolverse, y el sentimiento de equidad queda satisfecho cuando el héroe encuentra su recompensa y el personaje malvado recibe el castigo que se merece.

De este modo, a partir de imágenes sencillas y directas, el cuento de hadas ayuda al niño a diferenciar sus sentimientos complejos y ambivalentes, permitiendo a cada uno de éstos distinguirse de una aglomeración incoherente y confusa.

Pero si bien los cuentos de hadas responden a las perpetuas preguntas: “¿Cómo es el mundo en realidad?” “¿Cómo debo vivir mi vida en él?”, apenas lo hacen con un esbozo de soluciones, nunca explícitas, que permiten al oyente imaginar el modo de aplicar a sí mismo aquello que la historia revela acerca de la vida y de la naturaleza humana. Por cierto, las respuestas que los cuentos de hadas ofrecen al oyente infantil, pueden no ser las “correctas” en el mundo adulto; no obstante basta con que postulen que *existe* una respuesta posible a cada conflicto, aun que ésta sea mágica.

Gran número de los cuentos de hadas que hoy conocemos fueron creados en una época en que la religión formaba parte indisoluble de la vida cotidiana (Bettelheim, 1977), por ello casi todos poseen un trasfondo moral y tratan, directa o indirectamente, de te-

mas religiosos o, en todo caso, encarnan la experiencia acumulada por una sociedad tal como los hombres deseaban recordar la sabiduría pasada y transmitirla a futuras generaciones. Se entiende que ninguno de estos relatos pertenecía, originalmente, a la literatura infantil, sino que resultaron de la adaptación de leyendas medievales, caballerescas o cortesanas, del folclore francés, del Renacimiento italiano o de la tradición oral centroeuropea. Autores como Charles Perrault⁵, Madame de Beaumont⁶, los Hermanos Grimm⁷ o Hans Christian Andersen⁸, transformaron el cuento popular que evolucionó hasta el género actual, sin omitir aquellos aspectos que Tolkien consideró imprescindibles en un cuento de hadas: fantasía, superación, huida y alivio; es decir: superación de un profundo desaliento, huida de un enorme peligro y, sobre todo alivio, al hablar del final feliz.

El relato que aquí habrá de ocuparnos es *El gato con botas*, que formara parte de la obra *Cuentos de Mamá Oca*⁹ de Charles Perrault. Se trata de

5 Charles Perrault (París, Francia 1628-1703) reconocido por haber dado forma literaria a relatos tradicionales, como *Caperucita Roja*, atemperando en ocasiones la crudeza de las versiones orales.

6 Jeanne Marie Leprince de Beaumont (Ruan, Francia, 1711-1780) particularmente conocida como autora de la versión más difundida del cuento *La bella y la bestia*.

7 Jacob Grimm (Alemania, 1785-1863) y Wilhelm Grimm (Alemania, 1786-1859) escritores célebres por sus cuentos para niños, así como por sus contribuciones a la filología alemana.

8 Hans Christian Andersen (Odense, Dinamarca, 1805-1875) escritor y poeta famoso por sus cuentos para niños, entre los que ganara especial popularidad *La sirenita*.

9 *Les Histoires et contes du temps passé avec des moralités, ou Contes de ma Mère l'Oye*, publicado en 1697, reúne ocho narraciones que se convirtieron en verdaderos clásicos de la literatura infantil: *Barba Azul*, *La Cenicienta*,

3 Es decir, “un ser mortal, sexuado, organizado en sociedad, obligado a trabajar para vivir, y que trabaja según ciertas reglas” (Eliade, 1963).

4 Dirigiéndose, simultáneamente “a todos los niveles de la personalidad humana” (Bettelheim, 1977)

una reelaboración, según el refinado gusto de la época, que el autor llevó a cabo suprimiendo del cuento original –que de hecho no pertenecía a la literatura infantil, sino a la tradición oral popular– todo cuanto tenía de vulgar, volcándolo luego a la literatura escrita. Perrault integró los elementos populares del cuento a una trama romántica, a la que añadió ciertas pinceladas de humor; pero se valió de diversos recursos estilísticos¹⁰ para evitar que la narración perdiera el candor característico de la transmisión oral.

3. La trama¹¹

Érase una vez... un viejo molinero que, poco antes de morir, repartió sus escasas posesiones entre sus hijos: Al mayor correspondió el molino y el asno al segundo, no dejando al menor de sus herederos sino el gato del granero.

El muchacho se sintió muy desgraciado al advertir que, con lo recibido, sólo podría satisfacer el hambre de un día, comiéndose al gato, y tal vez aprovechar su piel para hacerse un manguito. Lamentaba su mísera suerte: “Mis hermanos –decía– podrán ganarse la vida convenientemente trabajando juntos; lo que es yo, moriré de hambre”.

Pero el animal, que contaba con ingeniosos recursos, lo apartó de su de-

cepción argumentando en tono serio y pausado: “Mi señor deja ya de afligirte, no tienes más que proporcionarme un morral y un par de botas, y verás que tu herencia no es tan pobre como parece”.

El joven no lo pensó dos veces y decidió seguirle la corriente, de modo que procuró al gato lo que éste solicitaba; después de todo, le proponía salir de la miseria.

Así calzado el gato se echó a andar. Al poco rato cazó una liebre y la echó en la bolsa que llevaba al hombro. De inmediato se dirigió al palacio y, saludando con una gran reverencia presentó la pieza al rey de la comarca, ofreciéndosela en nombre de su amo el marqués de Carabás (que no era sino el nombre que se le antojó dar al hijo del molinero): “He aquí, Majestad, una liebre que mi Señor, el marqués de Carabás te envía como presente”.

Un día le obsequió una liebre, al siguiente unas perdices... y pronto el gato supo cuándo el rey y su hermosa hija darían un paseo por la ribera del río. Entonces dijo al hijo del molinero: “Señor, tu fortuna está hecha, todo lo que debes hacer es bañarte en el río, donde yo te indique”. Nuevamente el muchacho le siguió la corriente, dejándolo actuar: se desvistió por completo y se arrojó al río. El animal entonces, al paso del rey, comenzó a gritar fingiendo que su amo estaba en peligro: “¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que se ahoga el Marqués de Carabás!”

El rey y su séquito auxiliaron al pretendido marqués y lo vistieron ricamente, suponiendo que unos ladrones le habían robado la ropa. Envuelto en regios ropajes, que le favorecían en extremo por su buena presencia y, luego de una profunda reverencia cortesana, subido al carruaje del propio rey, el hijo del molinero de inmediato comenzó a intercambiar miradas tiernas con la princesa.

Mientras tanto el gato con botas se adelantó a la comitiva real para dirigirse, no muy lejos de allí, al castillo de un poderoso ogro que aterrorizaba a los habitantes de la comarca.

En su camino por las tierras del ogro, el gato, advertía a los campesinos que estaban trabajando en ellas: “Buena gente que estáis cosechando, cuando Su Majestad, que viene en camino, os pregunte quién es el dueño de estas tierras, decid que estos campos pertenecen al Marqués de Carabás; si no, –amenazaba– os harán picadillo”. Y así respondieron todos a cada pregunta del rey: “Estas tierras son del Marqués de Carabás”.

Siempre corriendo delante del carruaje real, el gato seguía amedrentando de igual modo a todos cuantos encontraba en su camino, indicándoles cómo responder a las preguntas del rey, que a su paso los interrogaba a su vez y recibía con satisfacción la misma respuesta: “Estas tierras pertenecen a mi señor, el Marqués de Carabás”.

Por fin, al llegar al castillo el gato con botas solicitó una audiencia con el ogro.

Desconcertados por la apariencia de semejante personaje, los guardias le abrieron la puerta de inmediato y lo llevaron a su presencia.

El ogro recibió al gato tan cortésmente como podría hacerlo un ogro, y lo invitó a sentarse. Cuando estuvieron enfrentados, el astuto gato afirmó: “Aseguran que tenéis el don de transformaros a voluntad en cualquier clase de animal... Que podéis, por ejemplo, tomar la forma de un león o un elefante”. Halagado, el ogro, respondió que era cierto y, para que no quedaran dudas de ello, en el acto se convirtió en un león. “Eso parece fácil para vos, que sois grande –dijo el gato– no creo, en cambio –desafió– que podáis tomar la forma de un animal pequeño, como

La Bella durmiente del bosque, Caperucita roja, Las Hadas, Riquete el del copete, Pulgarcito y El gato con botas. De este último se conocen las versiones anteriores de Giambattista Basile y de Giovanni Francesco Straparola, así como otras germanas, eslavas, rusas y de la Baja Bretaña francesa.

¹⁰ El uso del diálogo, las repeticiones, el presente histórico...

¹¹ La versión filmica animada sobre guión de Tom Wheeler, dirigida por Chris Miller (2011), sólo toma del relato de Perrault al protagonista, quien interactúa con otros personajes de fantasía.

un ratón, por ejemplo...”. Ansioso por impresionar a su huésped, el ogro se convirtió en un ratón de inmediato; pero tan pronto como lo hizo el gato lo tomó por la cola y se lo tragó entero.

En ese momento el rey llegó hasta el hermoso castillo y decidió entrar en él. El gato, que advirtió el ruido del coche pasando por el puente, corrió hasta la entrada y le dijo al rey: “Su majestad es bienvenido a la casa de mi señor, el Marqués de Carabás”. Adentro los esperaba un magnífico banquete.

El rey, que rápidamente consideró inmejorables las cualidades de semejante marqués y, advirtiendo que su hija se había enamorado del joven, le dijo: “Será solamente tu culpa, señor Marqués de Carabás, si no llegas a ser mi yerno”.

Sin vacilación el marqués aceptó haciendo nuevamente una profunda reverencia y ese mismo día se casó con la princesa.

Así el gato, que liberó de su opresión a la comarca y convirtió al hijo del molinero efectivamente en marqués –reclamando para éste el castillo, los cuantiosos bienes y las tierras de un ogro que, por cierto, le valieron un ventajoso matrimonio–, llegó a ser él mismo un gran señor... y todos vivieron felices.

4. El sentido

“Y vivieron felices” luego de haber sufrido penurias y contrariedades..., acostumbra ser el final de la mayor parte de los cuentos populares, y los de Perrault no son una excepción, en ellos el bien siempre acaba por triunfar. Pero no parece haber unanimidad de criterios acerca del sentido último que encierra este relato en particular. Bettelheim (1977) que lo incluyera entre los *cuentos amoraes*, señaló

que en éstos no se presenta la polarización de personas buenas o malas, ya que el objeto de tales historias no es formar el carácter mediante la elección entre el bien y el mal, sino a partir del estímulo de la confianza en sí mismos de los más pequeños. Cuentos –o personajes tipo– como “*El gato con botas*” que hace posible el éxito del héroe mediante ingeniosos ardidés, afirma, estimulan en el niño la certeza de que incluso el más humilde puede triunfar en la vida. El núcleo de estas historias no es moral, es decir que en tales cuentos la honradez no es ninguna solución, y sí lo es la afirmación de poder afrontar los apremios cotidianos, la seguridad de que uno será capaz de salir adelante y, sobre todo, superar el temor a ser vencido por las dificultades de la vida.

Un niño pequeño puede en realidad hacer muy pocas cosas por sí mismo, lo que resulta decepcionante; pero el cuento de hadas insinúa que a partir de los hechos más insignificantes pueden extraerse consecuencias maravillosas. Procurar protección a un animal o ser protegido por éste, como en *El gato con botas*, son hechos cotidianos que pueden dar lugar a cosas sorprendentes. De este modo el cuento favorece en el niño la convicción de que sus pequeños logros son verdaderamente importantes.

Aunque no parece haber prestado demasiada atención a nuestro cuento, Bettelheim aportó valiosas claves para la comprensión de su sentido más profundo. Los animales en los cuentos de hadas, observó, suelen tomar dos formas: o bien son peligrosos y destructivos; o bien son inteligentes y bondadosos, dando ayuda y guiando al héroe. Ambas formas representan nuestra naturaleza irracional, nuestros “impulsos instintivos”. Este es el caso del gato del relato; pero volveré sobre este asunto más adelante.

El valor de este cuento en tanto “narración social” ha sido puesto en relieve por Cerda (1985)¹², quien lo destaca como característica expresión de la moral dominante en la época feudal. Cerda subraya las artes arribistas de las que hace gala el gato de la historia: “arquetipo del truhán oportunista y cínico, pícaro y malvado”, quien ayuda al pobre diablo de su amo, hijo de un molinero, a escalar mejores posiciones sociales, para lo cual lo apoda Marqués de Carabás, porque “un buen nombre sonoro y noble” resulta de utilidad para abrir las puertas y allanar obstáculos. Y reflexiona luego acerca de la lucha de la burguesía de aquella época, por alcanzar niveles sociales que eran “dominio y privilegio de los señores y de la nobleza”, cuyo tiempo ocioso era invertido en educar a su gente en los *buenos modales* y las fórmulas de etiqueta. Se pregunta si este marqués advenedizo y su pícaro criado –*gato con botas*–, no serán acaso representantes de aquella burguesía que odiaba a las cortes de príncipes y feudatarios, pero que simultáneamente admiraba sus costumbres y rituales cortesanos. Y se interroga, por último, si Perrault habría pretendido demostrar que “la excepción hace la regla”, o que el destino no siempre es inmutable.

Cerda¹³ parece tomar al pie de la letra lo que el cuento dice, cuando concluye que el análisis de éste, así como de otros cuentos pertenecientes al género, permite concluir que esta literatura, impregnada de una moral feudal y

12 Hugo Cerda, *Ideología y cuentos de Hadas*, Madrid, 1985; en la cita de A. González Blanco, “El gato con botas y la leyenda del gran inquisidor. (En torno al significado profundo de los cuentos populares)”, *Revista Murciana de Antropología*, N° 1, Universidad de Murcia, 1994.

13 En la cita de González Blanco, 1994.

con un marcado contenido religioso, “refleja la profunda desigualdad que existía entre los siervos y los señores feudales, entre los campesinos y la nobleza”.

Por su parte, y ciertamente algo más cerca de la lectura de Bettelheim, González Blanco (1994) considera *El Gato con Botas* como una narración de estructura ternaria: después de un prólogo, en el que se presenta a los protagonistas y su contexto, se desarrollan tres actos.

En el primer acto el gato soluciona el problema básico del alimento. En el segundo, a partir de un baño ritual, que reviste el carácter de renacimiento a una nueva existencia, se produce la metamorfosis del hijo del molinero en marqués de Carabás. El tercer acto, concluye González Blanco, es la concesión de la riqueza, pues al “hombre nuevo” del acto anterior le resulta conveniente tener posesiones y el gato conoce el modo de procurárselas.

Consumadas las tres etapas, se ha alcanzado “el paraíso”. No hay epílogo o, en todo caso, ya no es necesario agregar más.

Ahora bien, aún cuando en el relato se verifica la metamorfosis del joven, como resultado de un rito iniciático, no podríamos situar el cuento en un contexto místico o trasfondo religioso. Tampoco suponer que es una reivindicación social lo que late en el mismo. Afirma González Blanco que el relato no alude sino al “problema de la supervivencia”, es decir “lo que tradicionalmente se llamara instinto de conservación, en sus tres estadios: sobrevivir, crecer o mejorar y, como culmen del proceso, triunfar”.

Desde mi punto de vista es posible dar a *El gato con botas* una interpretación mucho más profunda aún. Ya que los cuentos de hadas son corolario de la fantasía, en tanto productos

del inconsciente, pueden ser descifrados como los sueños. Téngase en cuenta que el sentido que tienen para la mente infantil dista mucho de la literalidad con que lo entienden los adultos. El niño no cuestiona la verosimilitud del relato; intuye, aunque no lo “sabe” explícitamente, que el mismo es la representación figurada de experiencias decisivas de su vida para las que, probablemente, no tenga palabras.

Los pequeños suelen tener la convicción de que sus padres, y el mundo adulto en general, saben más que ellos en relación a la mayoría de las cosas, con excepción de una: no los reconocen en su justo valor. Es decir, casi todos los niños tienen la sensación de que sus padres, pese a ser “sabios”, son injustos con ellos; pero no pueden hacer nada al respecto. *El gato con botas* toma muy en serio estas inquietudes infantiles y lleva a cabo propuestas para la resolución de sus conflictos, proporcionando, en la fantasía, una excelente oportunidad para secretas venganzas.

En el “prólogo” del relato ya está planteado el nudo del conflicto: el molinero, supuestamente generoso, aunque ostensiblemente injusto, muere. He aquí el primer desquite, puesto que un padre que deliberadamente desampara al más necesitado de sus hijos (el menor), desde la lógica infantil *merece* la suerte que le toca (haber muerto)¹⁴. En este sentido, podríamos afirmar que la muerte del molinero no es lo que da lugar a la herencia de sus hijos; sino al revés: el reparto inicuo de sus bienes justifica plenamente la desaparición del molinero.

14 Como en algunos sueños (en tanto productos del inconsciente), en el cuento advertimos alterada la secuencia temporal, de modo que se invierte el orden entre antecedente y consecuente.

La mente de los niños no sólo está llena de amor hacia sus padres, sino también del más intenso y virulento odio. Pero como en la vida real el niño no puede prescindir de aquellos a quienes necesita, procura la solución a sus conflictos en la fantasía, donde se siente “autorizado” a experimentar tales sentimientos. Así, ya que resulta muy poco probable que el niño admita el enorme deseo que tiene de eliminar a un padre que lo tiene por insignificante, o por quien se siente ultrajado y rechazado, podrá en la figura del ogro encontrar a un sustituto adecuado.

Cuando el hermano menor es el héroe de un cuento, y este es nuestro caso, se entiende que el mismo procura al oyente la justificación para experimentar los celos que siente por los mayores, por aquello que éstos ya han recibido del padre, tanto como el anhelo de superarlos. Entiéndase, el niño pequeño supone que, por el sólo hecho de haber nacido antes, sus hermanos mayores le aventajan en la recepción de suministros y dones parentales y que debería ser compensado por esta “inequidad”.

En los campesinos, a los que el gato logra atemorizar, se han desplazado las figuras fraternas de las que, como del molinero, nada más se dice tras el prólogo. Mientras que el gato de la historia representa para el niño una parte de sí mismo, una parte audaz, y hasta cruel, que se propone *llegar lejos*, que puede con astucia vencer al padre encarnado en el ogro y mostrarse valioso ante el rey, también representante simbólico del padre.

Algunas interpretaciones han puesto el acento en la dudosa moralidad de la historia o, mejor dicho, en la ausencia de moral de la misma toda vez que en ésta, en apariencia, el engaño y la mentira dan mayores beneficios que

el trabajo. Está claro que la religión no es el trasfondo de *El Gato con botas*, también lo está que la dimensión social del relato tiene mucho más de personal, que de colectiva; de hecho, el problema que plantea, universal, aunque particularmente agudo en la primera infancia, ha sido permanentemente expuesto en los relatos con que se educó Occidente, desde las historias bíblicas¹⁵ y los mitos, hasta los cuentos de hadas.

En última instancia, el cuento resuelve el conflicto que en el niño desencadenan derechos sucesorios que no puede poner en cuestión. Téngase en cuenta que cuando éste fue escrito era absolutamente habitual que la herencia sólo llegara al mayor de los hijos, de modo que si uno de los hermanos menores pretendía una parte, no tenía más remedio que pelear por ella, como enseguida veremos que ya hacía desde tiempos bíblicos. Empero, *El gato con botas* da cuenta del más inconsciente resentimiento volcado, como ya señalé, no sólo sobre los hermanos, sino sobre el injusto padre, en quien se consume el debido castigo pues el relato ya comienza con su muerte.

5. La herencia paterna y la ultimogenitura

Numerosas tradiciones bíblicas, desde Caín y Abel en adelante, dan cuenta de la rivalidad entre hermanos; pero ninguna muestra el interés que motiva a sus actores con mayor transparencia que la historia de Jacob.

Según refiere *El folklore en el antiguo testamento* al analizar el Génesis,

15 Si prescindimos del hecho que Dios es el tema central en los relatos de la Biblia, la mayor parte de ellos son comparables a cuentos de hadas.

en contraste desfavorable con la tranquila dignidad de su abuelo Abraham, o con la piedad meditativa de Isaac, su padre, el carácter de Jacob distaba mucho de ser el de un gran patriarca. En el relato bíblico, afirma Frazer (1907):

*Si Abraham representa al jeque semita típico, valiente y hospitalario, señorial y comedido, Jacob pertenece en cambio al tipo de comerciante judío, flexible y agudo, fértil en estratagemas, despierto para todo lo que signifique ganancia, que no trata de conseguir por la fuerza lo que desea, sino mediante la astucia, y que no se muestra demasiado escrupuloso a la hora de elegir los medios que habrán de permitirle ganar a sus competidores en listeza y engañar a sus rivales*¹⁶.

Una combinación tan poco amable de astucia y avidez se deja ver en los sucesos tempranos de la vida de Jacob que refiere la Biblia, cuando alude a los trucos con que logró estafar a su hermano mayor, Esaú, despojándolo de su derecho a la primogenitura¹⁷, y el modo en que engañó a Isaac, padre de ambos, para recibir su bendición. Pues, si bien ambos hermanos eran gemelos, Esaú había nacido primero y, por lo tanto, según la costumbre generalizada en aquel tiempo, tenía derecho a recibir la bendición paterna y heredar sus bienes¹⁸. Pero Jacob, con

16 Frazer, John George [1907], *El folklore en el antiguo testamento*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.

17 La primogenitura era considerada como atributo exclusivo del primer nacido de una familia. Otorgaba el derecho a heredar el rango, la situación y las prerrogativas del padre (ser jefe de la familia, o de la tribu). El primogénito recibía, además, una porción doble de los bienes paternos.

18 Tenía Isahaq sesenta años cuando nacieron. Los niños crecieron y Esaú fue un diestro cazador, hombre agreste, mientras que Yaqob,

la complicidad de Rebeca, su madre, se las arregló para presentarse ante Isaac, ya ciego, adelantándose a su hermano y haciéndose pasar por éste para recibir la bendición paterna, luego de haberle comprado a Esaú el derecho a la primogenitura por un plato de lentejas.

Tomando abiertamente partido por Esaú, Frazer sostiene que semejantes fraudes, cuando aún no se ha alcanzado un nivel considerable de evolución moral, suelen despertar muy poca o tal vez ninguna reprobación si no es entre aquellos que sufren directamente sus efectos:

*...el espectador no implicado llega incluso a aplaudirlos como muestras de inteligencia y destreza superiores que triunfan sobre la simple estupidez honrada. Sin embargo, llega un momento en que la opinión pública se coloca al lado del tonto honrado y en contra del listo agudo, porque la experiencia demuestra que cualquier fraude, por muy admirables que sean la inventiva y la previsión que signifique, daña no sólo a los individuos aislados que sufren sus efectos, sino también a toda la sociedad, pues contribuye a aflojar el único lazo que mantiene unidos a los grupos humanos, a saber, el de la mutua confianza*¹⁹.

La opinión de Giménez Segura (1991) en relación a la conducta de los hermanos, en cambio, evidencia ser favorable al menor de éstos, cuando consigna que al trocar sus derechos por un plato de lentejas, Esaú, el primogénito amado por su padre, revela cuán poco valoraba éste su primogenitura:

hombre sencillo, vivía en la tienda. Isahaq amaba a Esaú porque su gusto era la caza, mientras que Rebeca amaba a Yaqob [Génesis, 25, 26-28].

19 Frazer, J. G., op. cit.

Apegado a la tierra, al placer de la comida, parece poco apto para la misión que deberá desempeñar, que requiere precisamente la capacidad de aplazar la satisfacción del placer inmediato en la confianza de que el premio futuro excederá con creces cuanto pueda obtener en el presente. Jacob, en cambio, preferido por la madre y guiándose por sus consejos, será finalmente el “elegido”²⁰.

Pero veamos, los hebreos también llevaban a cabo otra práctica de sentido diametralmente opuesto mediante la cual el hijo nacido último heredaba los bienes del padre, teniendo en consideración que la corta edad lo hallaba menos capacitado que sus hermanos para valerse por sí mismo a la muerte del progenitor, quien, por otra parte, mientras aún estaba con vida, habría ayudado a sus hijos mayores a establecerse, cosa que probablemente no llegara a hacer con el más joven. Revisemos ahora lo que al respecto señala el Talmud. Existían, tradicionalmente, dos maneras de transmitir los bienes: por donación en vida, o bien por testamento tras el deceso del padre. En el primer caso el hijo recibía la herencia, mas no así el usufructo de la misma, de modo que, aún cuando se vendiera la propiedad del padre, no sería sino hasta el fallecimiento de éste que el comprador podría tomar posesión del inmueble. Son conocidas, sin embargo, ocasiones en las que uno o varios hijos se atrevieron a reclamar el control completo de la herencia, arbitrando entonces los medios para no dejar totalmente desprotegido al padre que, de no hacerlo así,

quedaría librado exclusivamente a la solidaridad de otros parientes.

Este parece, según mi apreciación, haber sido el caso de la familia Freud a partir de su exilio de Freiberg, a fines de 1859.

6. En el contexto

La República de Austria, que hoy ocupa poco menos de ochentaicuatro mil kilómetros cuadrados, integraba, a mediados del siglo XIX, parte de los territorios gobernados por los Habsburgo que se extendían aún hasta Italia. A unos 240 kilómetros de Viena, Freiberg era por entonces una pequeña localidad manufacturera de la región de Moravia²¹ perteneciente al Imperio Austrohúngaro. Antigua ciudad libre, fundada en 1215, cuyos habitantes en su mayoría católicos hablaban la lengua checa, se hallaba en una comarca boscosa con montañas de modesta altitud. Allí, el 6 de mayo de 1856, nació Sigismund Schlomó primer hijo del tercer matrimonio de Jacob Kelemen Freud.

Como correspondía a la usanza judía, el niño, que recibió además de su nombre alemán un segundo nombre en memoria de su abuelo paterno, recientemente fallecido, fue circuncidado una semana más tarde²².

Proveniente del Rin (Colonia), la familia paterna, que había huido al Este a causa de una persecución a los judíos en los siglos XIV y XV, emprendió el regreso desde Lituania a la Austria germana, pasando por Galitzia.

Aparentemente Schlomó²³ fue el pri-

21 Hoy República Checa.

22 Ni Freud, ni sus biógrafos mencionan su “entrada en la alianza judía”, hecho que sin embargo se registra en la Biblia familiar el 13 de mayo.

23 El abuelo a quien Sigismund no llegaría a conocer.

mer Freud que fijó su residencia en Tysmenitz, donde contrajo matrimonio con Peppi Hofman para vivir, según la costumbre, en la casa de Sis-kind, su suegro, con quien compartió las habitaciones del hogar familiar. La vida cotidiana se ajustaba allí a la tradición hasta en sus más mínimos detalles, es decir: tanto la alimentación y el vestido, como las fiestas, estaban rigurosamente prescritos y regulados por la comunidad (Giménez Segura, 1991).

De los cuatro hijos de esta unión, Jacob, nacido en 1815, fue el mayor. Educado en el respeto de ritos y creencias, dejó –no obstante– de practicar y, aunque leía y escribía el hebreo, utilizaba regularmente el alemán, tal vez a causa de los frecuentes viajes que emprendía como ayudante de su abuelo en el lucrativo comercio de paños de lana, viajes en los que es probable que experimentara en carne propia las incómodas y discriminatorias condiciones burocráticas a que se sometía a los judíos como ciudadanos “tolerados”²⁴.

Jacob Freud –afirma Anzieu (1959)– perteneció a esa generación ascendente de judíos de la Europa central y oriental que sabían leer y escribir en hebreo pero que aspiraban a un buen conocimiento de la lengua alemana y de la cultura europea, que ya no creían gran cosa en Dios ni en la religión, pero conservaban el mayor respeto por la educación y por el rabino, que habían sabido sacar provecho de las querellas internas (en las cuales se formaron) entre judíos ortodoxos de espíritu ritualista, judíos liberales que se inspiraban del filósofo Mendelsohn y se orientaban hacia la asimilación social, judíos hasí-

20 Giménez Segura, M. del Carmen, *Judaísmo, Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Barcelona, Anthropolos, 1991.

24 Pago de impuestos especiales, tasas de residencia, permisos de tránsito, avales de otros ciudadanos, etc. (Giménez Segura, 1991)

dicos apasionados por los juegos lógicos, verbales y numerológicos y adeptos de la interpretación cifrada del Talmud.

A la edad de dieciséis años, que no puede dejar de sorprendernos para un varón teniendo en cuenta que no se alcanzaba entonces la mayoría de edad sino hasta los veinticuatro, Jacob se casó con Sally Kanner²⁵ y algo más tarde se estableció en Freiberg donde, tras viajar durante seis meses, permanecía el resto del año.

Los hijos de ambos: Emmanuel (1832) y Philippe (1836), que residían en Tysmenitz con la madre, se reunieron con Jacob luego de la muerte de ésta, en 1852.

En el siglo XIX las muertes tempranas por enfermedades o como consecuencia del parto no eran raras y las viudas o viudos no esperaban demasiado tiempo para volver a casarse. Así, en 1852, Jacob de treintaiocho años contrajo matrimonio por segunda vez con Rebeca, seis años menor. Poco se sabe de esta unión, que por otra parte Sigismund parece haber desconocido²⁶ aunque tal vez lo sospechara; lo cierto es que dos años más tarde, fallecida a su vez o repudiada, Rebeca desaparece de los registros, donde tampoco figura la muerte de Sally.

Señala Schur (1972) que en el registro de habitantes judíos de 1852 figuran los siguientes miembros de la familia:

Jacob Freud, 38 años; su esposa Rebekka, 32 años; su hijo Emanuel, 21 años; María, esposa de este último, 18 años, y Philipp, hijo de Jacob, 16 años. Estos datos demuestran que Rebekka no pudo haber sido la primera esposa de Jacob, es decir que Rebekka y Sally

no eran la misma persona, porque Rebekka no tenía edad suficiente para ser madre de Emanuel. Rebekka ya no figura en el registro de habitantes judíos que vivían en Freiberg en 1854, por lo tanto es evidente que en 1854 había muerto, a menos que el matrimonio hubiese terminado en divorcio²⁷.

Finalmente que, a los cuarenta años²⁸ y teniendo ya un nieto, Jacob fundara una nueva familia tomando por esposa a Amalia Nathanson, una joven educada en Odessa, coetánea de los hijos de su primer matrimonio, permite suponer una considerable prosperidad económica del clan.

En el seno de las comunidades tradicionales los matrimonios eran negociados a través de un *casamentero* y concertados por las familias de los futuros contrayentes cuando éstos aún eran niños. La unión, que se llevaba a cabo años más tarde, no era entonces resultado del amor sino de un acuerdo entre familias aceptado por los novios en la certeza de que la elección paterna era la apropiada y que el tiempo, la convivencia y el mutuo respeto darían paso al afecto.

Este no parece haber sido el caso de Jacob y Amalia.

Ignoramos la fecha y el modo en que se conocieron –destaca Giménez Segura (1991)–, pero los proyectos de matrimonio tuvieron que ser posteriores a 1852, ya que fue ese año cuando Jacob enviudó de su unión anterior. No existe constancia alguna de que el matrimonio fuera previamente “arreglado”, pero, aunque así fuera, no pudo tratarse de un acuerdo entre los padres de los novios puesto que

Jacob no solamente tenía ya cuarenta años sino que además era

padre de dos hijos adultos, Emmanuel y Philipp.

De haber existido pacto semejante, no pudo haber sido sino entre el propio contrayente y el padre de la novia, ya que ella por entonces tenía alrededor de diecisiete años, la misma edad que Emmanuel, su futuro hijastro quien acababa de casarse²⁹.

7. El relato oficial

Cuando Jacob Freud se radicó en Freiberg sucedió a su abuelo, quien desde hacía varios años ejercía allí un lucrativo comercio comprando paños de lana, tiñéndolos, dándoles apresto y exportándolos luego a Galitzia, desde donde llevaba a Freiberg los productos del lugar.

Ahora bien, en su ensayo autobiográfico acerca de *Los recuerdos encubridores* (1899) Freud consignó que si los negocios de su padre no hubieran declinado, hubieran seguido viviendo allí; afirmando más tarde, en su *Presentación autobiográfica* (1924) que en la época de su nacimiento sus padres gozaban de “una regular posición económica”, pero que al cumplir él los tres años, el ramo industrial al que su padre se dedicaba “experimentó una tremenda crisis” que liquidó la fortuna familiar, obligándolos a emigrar.

La “historia oficial” consigna que, por entonces, la importancia industrial de la región comenzaba a declinar, así como la empresa textil a que Jacob estuviera asociado desde 1844 por su abuelo materno. Asimismo menciona convenientemente que, tal como sucedía en toda Europa Central, la meca-

25 Anzieu (1959) conjetura que tan precoz unión podría deberse a un embarazo prematuro.

26 Al menos nunca hizo mención a este “secreto” de su padre.

27 Schur, M.[1972], *Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su vida y en su obra.*

28 En julio de 1855.

29 Emmanuel contrajo matrimonio en 1852.

nización de la producción textil amenazaba desplazar el trabajo manual y que, por otra parte, el trazado de la ruta ferroviaria del Norte, apartado de Freiberg, alejaba la vida económica de la ciudad de otros mercados más importantes.

En su texto biográfico acerca de Freud (1953-1957), Jones³⁰ destaca que en la década de 1850 también las condiciones socio-políticas desmejoraron sensiblemente afectando a los judíos dedicados a ese ramo comercial. Subraya que la inflación que sucedió a la restauración de 1851 acentuó aún más la pobreza en la ciudad, que en 1859, año de la guerra italo-austríaca, se encontraba económicamente arruinada:

Los negocios de Jacob –agrega Jones– se vieron directamente afectados. Pero a la angustia consiguiente se unieron otros presagios, aún más siniestros. Una de las consecuencias de la revolución de 1848-49 había sido la de convertir el nacionalismo checo en un factor poderoso dentro de la política austríaca, y estimular con ello el odio de los checos contra la población austroalemana, la clase dirigente de Bohemia y Moravia. Bien pronto esto se volvió contra los judíos, que eran alemanes por su idioma y educación, y de hecho, en Praga, la revolución comenzó con motines de los checos contra los fabricantes textiles judíos. El infortunio económico se alió al nacionalismo naciente para volverse una vez más contra el chivo expiatorio tradicional, los judíos. Incluso en la pequeña Friburgo, los fabricantes de ropa, todos ellos checos, sin ninguna excepción, comenzaron, en su descontento, a considerar a los comerciantes textiles judíos,

*como responsables de su difícil situación. No parecen haberse registrado –aclara sin embargo– verdaderos actos de violencia contra ellos o contra sus bienes, pero de todos modos no es posible sentirse seguro en una comunidad pequeña y mal dispuesta*³¹.

Lo cierto es que a finales de 1859 la familia abandonó Freiberg. Pero el éxodo que Jones (1985) atribuyera a la crisis económica del comercio de tejidos, provocada por la creciente industrialización, tanto como al nacionalismo y antisemitismo que por entonces volvían a tomar fuerza; obedeció, según veremos, a razones completamente distintas, incluso de aquellas aducidas por el propio Freud en *Recuerdos encubridores* (1899).

En principio, los registros comerciales de la época muestran que el sector no se vio seriamente afectado por la crisis, en tanto que las actas fiscales y comerciales de Novi Jicim³² certifican que Jacob Freud era, entre los importadores de lana y seda de la región, uno de los más prominentes. Su desahogada situación económica explica que tanto Sigismund como Hans y Paulina (los hijos de Emmanuel) estuvieran al cuidado de una niñera. Del mismo modo era índice de su bienestar económico el hecho que ocasionalmente Amalia se tomara vacaciones para visitar a su amiga, la Sra. Silberstein que vivía en Roznau, y que al hacerlo viajara con otra sirvienta llamada Rossi Wittek, natural de Freiberg.

Si el motivo de tal mudanza no fue económico, será preciso pensar en otras causas. Una de ellas pudo haber sido el descrédito ocasionado por la denuncia, proceso y ulterior condena y encarcelamiento de Joseph Freud,

hermano menor de Jacob, quien fuera hallado culpable de comerciar con rublos falsificados. Semejante proceso podía arruinar la reputación comercial de la familia o, en todo caso, generarle dificultades. Más aún, Peter Gay (1988) sostiene que el mismo Jacob y sus hijos mayores estaban implicados en los planes de Joseph.

Otra hipótesis –mencionada por Giménez Segura (1991)– alude a la posibilidad de que Jacob “molesto por las relaciones entre su esposa y Philipp”, prefiriera distanciarlos.

*Jacob era un hombre bien relacionado y es de suponer que, tratándose de una población no muy grande*³³ *en la que prácticamente se había hecho adulto y en la que durante tantos años ejerció su profesión, su historia familiar y su/s anterior/es matrimonio/s no habría/n pasado desapercibidos. Que un hombre de su edad, viudo y con hijos mayores, se presentara en Freiberg con una nueva esposa de la edad de su hijo debió despertar más de un comentario entre sus convecinos. Las comidillas locales tampoco pasarían por alto que, cuando Jacob y Emmanuel viajaban, Philipp y Amalia trabajaban juntos en la casa. Entra dentro de lo posible que más de un vecino compartiera con Sigmund su conocida fantasía infantil*³⁴ *en la que emparejaba a su madre con Philipp*³⁵.

Aunque no sepamos con certeza si sólo uno de estos motivos o la suma

33 Las familias judías se dedicaban al comercio y poseían una pequeña sinagoga, suficiente para los 137 miembros de la comunidad, oficialmente censados. (Giménez Segura, 1991)

34 Referiré la misma más adelante (en el apartado 9. La “Novela” revisitada).

35 Giménez Segura, M. del Carmen, *Judaísmo, Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Barcelona, Anthropos, 1991.

30 Jones, Ernest [1953-1957], *Sigmund Freud: Life and work*, Freud, Barcelona, Salvat, 1985.

31 Jones, Ernest [1953-1957], op. cit.

32 Citadas por Giménez Segura, 1991.

de ellos dio lugar al desplazamiento de los Freud, lo cierto es que Emmanuel, su esposa e hijos migraron junto con Philipp a Manchester, Inglaterra, donde progresaron con el comercio de tejidos, en tanto que Jacob y su familia partieron hacia Leipzig, donde permanecieron un año antes de dirigirse a Viena.

8. El tercer hijo

En Viena los Freud se instalaron en Leopoldstadt, el barrio tradicional judío, un suburbio pobre de mínimas condiciones sanitarias, separado del casco urbano por el canal del Danubio, donde las familias se hacinaban en viviendas casi siempre compartidas y donde, entre 1860 y 1875, cambiaron cinco veces de domicilio.

Una tonada popular, relata Martin Freud (1966), contenía la siguiente estrofa: “Cuando los judíos cruzaban el mar Rojo, todos los cafés de Leopoldstadt quedaban vacíos”, sugiriendo que allí perdían el tiempo. Lo cierto es que en este barrio los alquileres eran bajos y convenían a la frugal situación de la familia.

En contraste con el progreso económico de Emmanuel y Philipp, que residían en Manchester, tal vez nos llame la atención la situación inicialmente apremiante de Jacob Freud –sin ocupación conocida, por entonces, y con una creciente familia– si tenemos en consideración que hasta 1859 había sido un próspero comerciante. Pero con el tiempo, y la ayuda económica de sus hijos mayores, Jacob Freud pudo disfrutar de una casa más espaciosa, permitirse tener sirvientes, realizar expediciones al Prater³⁶ y –como destaca Gay (1988)–

hasta hacer pintar un cuadro de sus siete hijos más pequeños.

Sabemos que la solidaridad no era ajena a la familia; pero, dado que no abono la teoría del *repentino* fracaso del padre –en contraste con el súbito desarrollo de los hijos mayores en el mismo ramo comercial–, me atrevo a conjeturar que la consensuada migración de ambos grupos obedeció a un calculado propósito.

Los hijos de un primer matrimonio, en especial cuando es el padre quien se ha vuelto a casar y ha tenido otros hijos –sostiene Meler (2013)³⁷ se sienten con frecuencia perjudicados por la disminución de los bienes heredables, que deben compartir con la segunda mujer del padre y/o con los hijos del segundo matrimonio.

Era perfectamente natural que Emmanuel y Philipp procuraran emanciparse de Jacob –que parecía haber fundado una familia sin límites– y no carece de sentido conjeturar que reclamaran su patrimonio, acordando restituir los fondos recibidos y remitir al padre el usufructo del legado para facilitar la educación de Sigismund que, si bien era el primogénito de la joven Amalia, por quien eventualmente debería responsabilizarse en su viudez, no era sino el tercero en la línea sucesoria del padre.

A semejanza del molinero³⁸ a que aludo al inicio de esta comunicación, Jacob Freud repartió su herencia de un modo, tal vez, poco ecuánime, si tenemos en cuenta que, en realidad, concedía escaso valor a los libros³⁹;

tradicionales cafés y un parque de atracciones.
37 Meler, Irene [2013], *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*, Buenos Aires, Paidós.

38 Personaje de *El gato con botas* de Perrault.

39 Jacob consideraba la Biblia como “El Libro”, el que contiene *todo* cuanto un hombre puede y debe saber; en *La interpretación de los sueños* (1900) Freud reconoció: *Mi padre tuvo*

pero este proceder se avenía a su des-preocupado talante, aunque la mitología familiar asevera que estaba firmemente persuadido de los dones singulares de su hijo Sigismund. ¿De dónde provenía, empero, semejante convencimiento?

Desde mi punto de vista esta creencia resultaba conveniente para aquel a quien Peter Gay (1988) describiera como un hombre benévolo, aunque un tanto holgazán, optimista incansable y abierto al placer; un hombre que –por cierto– doblaba en edad a su esposa y de quien nadie supuso la longevidad que habría de alcanzar. Tal convicción también era absolutamente necesaria a una madre cuyo reaseguro estratégico, ante el eventual fallecimiento de su marido, sería su primogénito. Entiéndase que ésta, precisamente, era la práctica acostumbrada a mediados del siglo XIX, y no una pretensión antojadiza de Jacob y Amalia.

Por cierto, los augurios felices precedieron en mucho la pasión del hijo por la lectura. Un episodio que Freud recuerda con precisión abonaba el convencimiento paterno de “albergar a un genio”:

Un día que nos hallábamos en una cervecería del Prater, a la que solían llevarme mis padres cuando ya tenía yo once o doce años, nos llamó la atención un individuo

un día la humorada –apenas justificable desde el punto de vista educativo– de entregarnos a mí y a la mayor de mis hermanas, para que lo estropeáramos y destruyéramos a nuestro antojo, un libro con láminas en colores. (Descripción de un viaje por Persia). Por entonces tenía yo cinco años y mi hermana no llegaba a tres. El cuadro que formábamos mi hermana y yo, destruyendo gozosamente el libro –al que fuimos arrancando las hojas una por una (como a una alcachofa)–, es casi el único perteneciente a aquella edad, del que conservo aún un recuerdo plástico. Cuando después comencé mi vida de estudiante, se desarrolló en mí una gran afición a poseer libros.

36 El Wiener Prater, conocido simplemente como Prater, es un popular espacio de recreo en Leopoldstadt, donde también se encuentran

que iba de mesa en mesa y por una pequeña retribución improvisaba versos sobre el tema que se le indicara. Mis padres me enviaron a llamarle, y el poeta, agradecido al mensajero, improvisó, antes que se le señalara tema alguno, unos versos en los que indicó la posibilidad de que yo llegara a ser ministro⁴⁰.

El suceso dejó una honda impresión en el niño, pues respaldaba el relato frecuentemente escuchado durante su infancia⁴¹ de una “predicción” similar. Parece que cuando nació, una anciana campesina le profetizó a su madre, “feliz con su primogénito, que le había dado al mundo un gran hombre”⁴². Más tarde Freud comentó cínicamente que tales profecías deben ser harto frecuentes, ya que nunca faltan madres llenas de anticipaciones jubilosas a quienes halagar, ni ancianas campesinas “u otras viejas arrugadas cuyo poder en el mundo ya ha desaparecido”⁴³ y por ello vuelven los ojos al porvenir. Pero su escepticismo siempre fue tibio: un hogar en que tales anécdotas se narraban una y otra vez no podía menos que alimentar su anhelo de grandeza, aunque a la vez una enorme imposición.

“Cuando mis abuelos advirtieron que su hijo no era común —señala Martín Freud (1966)— le prestaron especial atención y desde sus tiempos de escolar (...) le dejaron utilizar una habitación para él sólo, privilegio que era el único de la familia en gozar”. Semejante prerrogativa, a expensas de los demás miembros de la familia, se basaba

en la firme convicción de Jacob y Amalia de que su “Sigi” tenía dotes extraordinarias y estaba destinado a ser famoso, por lo que “ningún sacrificio era demasiado para él”.

Pero, detengámonos a reflexionar sobre la imperiosa necesidad de Amalia de apostar por la veracidad de aquel vaticinio, toda vez que la precariedad económica de la familia se veía acentuada por su fertilidad.

Es habitual que el primogénito ocupe un lugar diferente al del resto de los hijos, y que la madre se aferre a él, en especial cuando el siguiente hijo muere poco después de haber nacido. Jacob y Amalia tuvieron ocho hijos: Sigismund, sobre quien pesaba la exigencia de responsabilidad familiar ante la eventual ausencia del padre; Julius, cuyo deceso, a los seis meses, en Freiberg, acentuaría la carga del primogénito; Ana, Rosa, Marie, Adolfine⁴⁴ y Pauline, cuyas dotes sería preciso proveer, y Alexandre (“Shani”), nacido diez años después de “Sigi” y así llamado por sugestión de éste en honor del héroe antiguo que habitó sus ensueños del décimo año, para quien no habría dinero que pagase una educación universitaria⁴⁵.

Si Jacob y sus hijos mayores efectivamente habían dispuesto la distribución de los bienes familiares y su usufructo, tal como señalo párrafos atrás, era absolutamente menester que en respuesta a la “inversión” sobre él realizada, Sigismund estudiara, que destacara en sus estudios y luego se desempeñara exitosamente en su profesión.

En su ensayo Sobre los recuerdos encubridores (1899), Freud pone el siguiente relato en boca de un supuesto paciente de treintaiocho años, al que librara de una “pequeña fobia” por medio del psicoanálisis:

Soy hijo de unas gentes que originalmente tuvieron su buen pasar, que vivieron, creo, con bastante holgura en aquel villorrio provinciano. Cuando yo tenía más o menos tres años de edad, sobrevino una catástrofe en la rama industrial de que mi padre se ocupaba. Perdió su fortuna y nos vimos forzados a abandonar el villorrio para trasladarnos a una gran ciudad. (...)

Pero creo que mi padre y mi tío forjaron el plan de hacerme sustituir mis estudios abstractos por otro de aplicación más práctica, establecerme después en la ciudad donde mi tío residía y casarme con mi prima; proyecto al que renunciaron, quizá, al verme tan absorbido por mis propios planes. Sin embargo, yo debía adivinar algo de él, y cuando al terminar mi carrera universitaria pasé por un período difícil, teniendo que luchar mucho tiempo para conseguir un puesto que me permitiera hacer frente a las necesidades de la vida, debí de pensar muchas veces que la intención de mi padre para conmigo era en verdad buena, y con aquel proyecto matrimonial quería compensarme del trastorno originado en mi vida por sus pérdidas económicas⁴⁶.

Se advierte el corte netamente autobiográfico de los párrafos anteriores, al sustituir en el último los términos tío y prima, por hermano y sobrina,

40 Freud, S. [1900], *La interpretación de los sueños*.

41 Que luego mencionaría al interpretar uno de sus sueños de ambición.

42 Freud, S. [1900], en la cita de Gay, 1988.

43 Freud, S. [1900], en la cita de Gay, 1988.

44 De las cinco hermanas, Adolfine (“Dolffi”) permaneció soltera y fue destinada, según la usanza de la época, al cuidado de su madre en la vejez.

45 “A una edad relativamente temprana tuvo que abandonar sus estudios para ganarse la vida”, Martín Freud, 1966.

46 Freud, Sigmund [1899], *Los recuerdos encubridores*.

respectivamente. Pero, ¿por qué habría de implicarse Emmanuel en el resarcimiento de aquel daño si no hubiera, al menos en parte, sido causante del mismo?

Podemos suponer que de niño Freud atribuyó la pobreza, a la partida de los hermanos, cuando más tarde –como asevera Jones (1953)– confesó que solía entregarse a la fantasía de haber nacido hijo de Emmanuel, lo que hubiera hecho su vida mucho más fácil.

9. La “Novela” revisitada

Puesto que cada fantasía singular es una rectificación de la insatisfactoria realidad, bien podría aplicarse al mismo Freud su expresión: “*es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho*”⁴⁷.

La casa en que Freud naciera, había pertenecido a la misma familia de cerrajeros durante cuatro generaciones. En la planta baja del edificio funcionaba el taller, mientras que en el primer piso se hallaban las viviendas del propietario y su familia, así como la de Jacob y Amalia. Los hijos mayores vivían en las cercanías: Philipp, enfrente, y Emanuel con su mujer e hijos, en otra calle.

Disponemos de abundante información que nos permite comprender algunas de las primitivas influencias ambientales que incidieron en el desarrollo de las teorías freudianas, mostrándonos además las discrepancias existentes entre la “leyenda familiar” y la “verdad registrada”. Señala Schur (1972) que, oficialmente, la familia nunca hizo alusión a la segunda esposa de Jacob, cuya existencia parece haber sido sometida al ocultamiento.

De semejante hecho, surgen obvias preguntas: ¿quiénes *tenían* que estar al tanto de este matrimonio y quiénes *es probable* que lo supieran? Además de Jacob Freud, tenían que haberlo sabido sus dos hijos Philipp y Emanuel, lo mismo que la esposa de Emanuel. Pero, ¿es posible que Amalia, es decir la tercera esposa de Jacob, ignorase por completo el segundo matrimonio? No habría, en principio, motivos para ocultarle un matrimonio anterior, a menos que razones extraordinarias así lo exigieran. No obstante sabemos cuán difícil es mantener en secreto una información semejante en una familia y en una comunidad pequeña. Aunque se logre mantener el secreto, casi siempre hay un “aire” de misterio.

Por último: ¿Conocía Sigismund la existencia de la segunda esposa de su padre? Lo más probable es que, conscientemente, no. Aunque, insiste Schur (1972), bien sabemos que las huellas de un “secreto familiar” de esta índole siempre dejan repercusiones en la infancia.

De todas maneras, los diversos matrimonios de su padre debieron plantear cierta complicación al entendimiento infantil de Sigi: el tener por sobrino a un niño más alto que él; por niñera a una mujer “vieja y fea”⁴⁸ que podía emparejarse con su anciano padre, y por hermanastro a un joven de la edad de su madre, aunque esta última compartiera el lecho con el hombre a quien su sobrino llamaba “abuelo”... Pero volvamos la atención sobre el fantasear del insatisfecho. No es de extrañar que el mayor deseo de todo niño sea el de parecerse a sus padres⁴⁹, ya

que, en principio, ellos son la máxima autoridad, fuente de toda verdad y conocimiento. Sin embargo, a medida que crece, será forzoso que advierta poco a poco si está o no en lo cierto. Conoce a otras personas a las que compara con sus padres y tal vez tenga incontables ocasiones para cuestionar y criticar a los propios, en la suposición de que *otros* padres hubieran sido preferibles. En la fantasía el niño podrá liberarse de ellos y sustituirlos por otros más grandiosos o, en general, de posición social más elevada.

Aunque en principio Freud (1909) atribuyera a los paranoicos las ideas vinculadas a estas “novelas familiares”⁵⁰, en la suposición de que les eran exclusivas; más tarde las hizo extensivas a los neuróticos en general, para finalmente terminar por admitir que son una parte, tal vez dolorosa aunque necesaria, del crecimiento de todo individuo, puesto que implican el desasimiento de la autoridad parental, que se supone deberá llevar a cabo “todo hombre devenido normal”.

En cierto modo, hasta el progreso de la humanidad se apoya en esta oposición generacional; no obstante, de modo análogo a tantas otras cuestiones de orden psicoanalítico, también este tema, como veremos, remite en última instancia a tempranas vivencias personales del maestro.

Al igual que en las intrigas históricas, son los hermanos menores quienes con mayor frecuencia suelen utilizar estas creaciones imaginarias para privar a los mayores de sus prerrogativas. La actividad fantaseadora, en sanos y enfermos, inquietaba a Freud, pues había reconocido en sí mismo

48 Mónica Zajic, la niñera apodada “Nannie”, era católica practicante y no se limitó a explicar a Sigmund cosas relativas a su religión, sino que además lo llevaba a la iglesia.

49 Freud, S. (1909), *La novela familiar de los neuróticos*. Alude aquí al progenitor del mismo sexo.

50 La expresión “novelas familiares” ya había sido empleada en sus cartas a Fliess desde 1897, aunque el texto definitivo en que alude a éstas no fuera escrito sino hasta 1908 y publicado en 1909.

47 Freud, Sigmund [1908], *El creador literario y el fantaseo*.

los numerosos intereses que pueden orientar la *novela familiar*, que de este modo sirve a la satisfacción de toda clase de tendencias.

Cuando Freud comenzó a dirigir su interés hacia las reminiscencias infantiles que aún conservaba⁵¹, recordó una escena que con frecuencia acudía a su consciencia y que situaba cronológicamente antes de haber cumplido los tres años:

En mi recuerdo me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y esbelta de un modo extraordinario.

Con estas palabras Freud resumió la escena que plásticamente afloraba en su recuerdo, pero con la que no le era posible “construir nada”, sintiéndose tentado de darse por satisfecho con la explicación de que, sin duda, se trataba del recuerdo de una burla de su hermanastro para hacerlo rabiarse, interrumpida por la llegada de su madre; pero un ulterior esfuerzo analítico lo condujo a la solución de la imagen evocada.

Yo había notado la ausencia de mi madre y había entrado en sospechas de que estaba encerrada en aquel cajón o armario. Por tanto, exigí a mi hermanastro que lo abriese, y cuando me complació, mostrándome que ella no se hallaba dentro, comencé a gritar y llorar. Este es el instante retenido por el recuerdo, instante al que siguió, calmando mi ansiedad, la aparición de mi madre. Mas ¿cómo se le ocurrió al niño la idea de bus-

car dentro de un cajón a la madre ausente? Varios sueños que tuve por esta época aludían oscuramente a una niñera, sobre la cual conservaba algunas otras reminiscencias; (...) decidí hacerme más sencillo el trabajo interpretativo interrogando a mi ya anciana madre sobre tal niñera, y, entre otras muchas cosas, averigüé que la astuta y poco honrada mujer había cometido, durante el tiempo que mi madre hubo de guardar cama a raíz de un parto, importantes sustracciones domésticas y había sido después entregada a la justicia por mi hermanastro. Estas noticias me llevaron a la comprensión de la escena infantil, como si de repente se hubiera hecho luz sobre ella. La repentina desaparición de la niñera no me había sido indiferente, y había preguntado su paradero, precisamente a mi hermanastro, porque, según todas las probabilidades, me había dado cuenta de que él había desempeñado un papel en tal desaparición. Mi hermanastro, indirectamente y entre burlas, como era su costumbre, me había contestado que la niñera «estaba encajonada». Yo comprendí infantilmente esta respuesta y dejé de preguntar, pues realmente ya no quedaba nada por averiguar; mas cuando poco tiempo después noté un día la ausencia de mi madre, sospeché que el pícaro hermano le había hecho correr igual suerte que a la niñera, y le obligué a abrir el cajón.

Más tarde comprendió también por qué, en la escena visual infantil, la esbeltez de la madre en su puerperio aparecía acentuada, pareciéndole entonces como “nueva y restaurada después de un peligro”. Sigismund era dos años y medio mayor que Anna, aquella de sus hermanas que nació entonces.

Ahora bien, el hecho de que Sigi apelara a Philipp –veinte años mayor– y no a Jacob para encontrar a la madre, demuestra que conocía perfectamente bien su participación en la “desaparición” de la niñera⁵²; pero plantea un nuevo interrogante: ¿por qué es el hermano y no el padre –jefe de la familia– el encargado de ir en busca de la policía?

Podemos conjeturar que en ese momento Jacob se hallaba de viaje; o tal vez que su hijo Philipp se hacía cargo, habitualmente, de resolver aquellos asuntos que incomodaban al benévolo y complaciente padre. Pero cualquiera de estas alternativas nos permite comprender qué hechos legitimaron la novela familiar construida por Sigismund. Que Sigi, con tan sólo diez años, eligiera un nombre para el benjamín de la familia, o que supervisara luego las lecturas de sus hermanas⁵³, nos lleva a inferir que Jacob no hallaba impedimento en delegar parte de sus responsabilidades en sus hijos. Quien hoy con indulgencia podría ser juzgado como un padre afable; encarnaba según mi parecer, hace más de siglo y medio, a un progenitor sin autoridad ninguna⁵⁴.

En su desconcertante entorno, Sigi construyó una novela a partir de la intensa necesidad infantil de tener por padre al “hombre más noble y poderoso”, acompañado por la mujer más amorosa y bella.

52 Que fue condenada a diez meses de prisión.

53 Su hermana Anna recordó que “actuaba como un censor algo presumido” al considerar “inconveniente” que ella leyera a Balzac o a Dumas.

54 “Jacob, mi abuelo, era muy simpático, pero no tuvo mucha suerte en los negocios en Viena (...). Gradualmente se fue haciendo impotente e ineficaz en sus esfuerzos por mejorar la situación de su familia. Mi padre pareciera haber asumido parte de esa responsabilidad cuando era joven”, Martin Freud, 1966.

51 Freud, S. [1901], “Recuerdos infantiles y recuerdos encubridores”, en *Psicopatología de la vida cotidiana*.

Los sentimientos equívocos del niño, respecto de su padre, son puestos de manifiesto en uno de sus cruciales recuerdos infantiles “más patético que excitante” que, de acuerdo a Gay (1977), lo turbaba y fascinaba a la vez:

“Yo tendría diez o doce años cuando mi padre comenzó a llevarme con él en sus paseos” y a hablarle sobre el mundo que había conocido. Un día, para demostrarle cuán radicalmente había mejorado la vida para los judíos en Austria, Jacob Freud le contó a su hijo la siguiente historia: “Cuando era joven, un sábado salí a caminar por la calle del lugar donde nací, elegantemente vestido, con un gorro de piel nuevo. En el camino apareció un cristiano, de un golpe me derribó el gorro, que cayó en el estiércol, y me gritó: ¿Judío, sal del camino!”. Interesado, Freud le preguntó a su padre: ¿Y tú qué hiciste? Él le respondió tranquilo: Bajé a la calle y recogí el gorro. Freud recordó fríamente, tal vez con cierta falta de generosidad, que la reacción del padre “no le pareció heroica”. ¿No era su padre un “gran hombre fuerte”?⁵⁵

La imagen de un judío “envileciéndose cobardemente ante un gentil” no debió haber sido, en verdad, sino la confirmación dolorosa de su fantasía infantil: semejante hombre *no debía* ser su padre. Pero volvamos brevemente sobre la naturalidad con que aquel joven *inmensamente prometedor* fuera considerado el favorito de la familia: aunque Anzieu (1959) asevera que Sigismund recién a los diecinueve años, siendo estudiante de medicina, entró en posesión de aquel cuarto; su hermana Anna relata⁵⁶ que Sigismund

siempre⁵⁷ tuvo su propio “gabinete” privado, una habitación “larga y estrecha con una ventana que daba a la calle”. Allí estudiaba, dormía, recibía a sus “compañeros de estudio”, y con frecuencia comía a solas para ahorrar tiempo y dedicarlo a la lectura.

Era un hermano atento pero algo autoritario; ayudaba a su hermano y a sus hermanas en sus lecciones, y les daba conferencias acerca del mundo. (Gay, 1977) La familia aceptaba el autoritarismo pueril de Freud con serenidad, y alentaba su sentimiento de que era excepcional. Si las necesidades de Freud entraban en colisión con las de Anna o las de los otros, prevalecía él sin ninguna duda. Cuando, dedicado a sus libros de texto, se quejó del ruido de las lecciones de piano de Anna, el piano desapareció para no volver nunca más⁵⁸. La madre y la hermana lo lamentaron mucho, pero sin rencor aparente. Los Freud deben haber sido una de las pocas familias centroeuropeas de clase media que no tenían piano, pero ese sacrificio palidecía ante la gloriosa carrera que imaginaban para el estudioso y vivaz escolar del gabinete.

Esta singularidad, rara en Viena por entonces, ya que saber tocar el piano se consideraba parte esencial de la educación de la clase media burguesa, resulta doblemente llamativa si admitimos que el virtuosismo formaba

57 También Martín Freud (1966) afirma que “desde sus tiempos de escolar, durante la universidad y hasta que fue interno en el Hospital General de Viena, le dejaron utilizar una habitación para él solo, privilegio que era el único de la familia en gozar”.

58 “Su actitud hacia los instrumentos de música de cualquier clase no cambió en toda su vida (Martín Freud, 1966). Nunca hubo piano en Bergasse y ninguno de sus hijos aprendió a tocar un instrumento”.

parte, además, de la estrategia matrimonial (Ariès y Duby, 1989).

En efecto, tocar bien el piano, muestra pública de una adecuada educación, aumentaba sensiblemente las posibilidades de las muchachas en el mercado marital. Pero esta opción no parece haber sido tenida en cuenta por Jacob Freud en relación a sus cinco hijas quienes, para satisfacer sus necesidades, así como las de sus padres, se vieron obligadas a colocarse como damas de compañía⁵⁹.

Las familias debían asignar una porción de los bienes del padre en favor de la dote matrimonial de sus hijas, resultando esta dote una expresión proporcional a la importancia de la boda. Cada joven casadera constituía una carga, a veces pesada, para su familia, y no aportaba, en cambio, ningún recurso.

Pero, excusándose en la solicitud de su talentoso hijo, Jacob optó por destinar los recursos necesarios a las lecciones de piano de las cinco niñas, a libros⁶⁰ para Sigi, pues aunque ello implicara faltar a sus deberes como padre, representaba una proverbial inversión de la que, en última instancia, todos habrían de beneficiarse.

Bibliografía

Anzieu, Didier [1959], *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*, México, Siglo Veintiuno Editores, 7ª edición en español, 2008.

Ariès, Philippe y Duby, Georges, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1989.

Bettelheim, Bruno, *Psicoanálisis de*

59 Una de ellas, señala Anzieu (1959), fue, durante cierto tiempo, sirvienta en París.

60 Durante la segunda mitad del siglo XIX, el libro, cuya posesión es un lujo burgués, aún es caro.

55 Gay, P. (1977)

56 Gay, P. (1977)

los cuentos de hadas, 1977.

Eliade, Mircea [1963], *Mito y Realidad*, Guadarrama, Madrid, 1978.

Frazer, John George [1907], *El folclore en el antiguo testamento*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.

Freud, Martin, *Sigmund Freud: mi padre*, Buenos Aires, Hormé, 1966.

Freud, Sigmund [1899], *Los recuerdos encubridores*.

— [1900] *La interpretación de los sueños*.

— [1901] *Psicopatología de la vida cotidiana*.

— [1908] *El creador literario y el fantaseo*.

— [1909] *La novela familiar de los neuróticos*.

— [1925] *Presentación autobiográfica*.

Gay, Peter [1988], *Freud. Vida y legado de un precursor*, Madrid, Paidós, 2010.

Giménez Segura, M. del Carmen, *Judaísmo, Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Barcelona, Anthropos, 1991.

González Blanco, Antonio, “El gato con botas y la leyenda del gran inquisidor. En torno al significado profundo de los cuentos populares”, *Revista Murciana de Antropología*, N° 1, Universidad de Murcia, 1994.

Jones, Ernest [1953-1957, Sigmund Freud: Life and work], *Freud*, Barcelona, Salvat, 1985.

Meler, Irene, *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*, Buenos Aires, Paidós, 2013.

Schur, Max [1972], *Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su vida y en su obra*, Barcelona, Paidós.